

REPRODUCCION

Tomo III, No. 53. - 20 Enero 1921

Director: ELIAS JIMENEZ ROJAS
San José de Costa Rica, Apartado No. 230

Justo de Vargas V. En - 22.

Interpretación

psicológica de la credulidad humana

por

Joseph Jastrow

La crítica del espiritismo comprende dos problemas: el origen psicológico de este sistema y el valor de los testimonios que ofrece en prueba. El espiritismo, como otras doctrinas, tiene su origen psicológico en la necesidad de creer, ya sea por llenar vacíos de la lógica ante falsos misterios o realidades ignotas, ya sea por encontrar alivio a dolores que no puede mitigar lo real. En cuanto a los «hechos» que el espiritismo presenta como prueba, o son grosera superchería o representan alucinaciones personales. Sin embargo, se preguntan muchos: ¿Cómo explicar que eminentes hombres de ciencia acepten farsa semejante? Si el espiritismo es artificio vulgar, ¿cómo se concibe que un Lodge, un Lombroso, un Morselli, un Wallace, un Crookes, un Barrett, se hayan comunicado con los «espíritus» y defiendan el espiritismo? El hombre de ciencia no está exento de ofuscamientos emocionales. En la mentalidad de los sabios puede haber ciertos vacíos, reservados para el libre juego de las emociones, en los cuales

no penetra la lógica. En intelectos consagrados a la labor crítica y experimental del laboratorio se presentan esas «áreas mentales» de fe o credulidad. Esta hipótesis explica aberraciones como la de Sir Oliver Lodge, defendiendo sandeces espiritistas que destruirían los principios de física que él mismo expone. Dentro de aquellas áreas, algunos hombres de ciencia sienten y piensan como el común de los mortales, con la candorosa credulidad de los ignorantes. Pero no todos los hombres de ciencia claudican, y cuando algún sabio abusa en tal forma de su prestigio, sus colegas le censuran. Charles Mercier dice que mientras Lodge ofrezca sólo interpretaciones de hechos, no merece ni siquiera ser oído. Sir Edward Clodd le tilda de protector de quirománticos.

En el renacimiento de la creencia en espíritus y en la credibilidad general de los supuestos fenómenos que explican esa creencia, encontramos tanto una inclinación a creer como el significado y valor del aparato de prueba presentado en apoyo de la creencia: prueba que compele a algunas mentes a recurrir a la hipótesis espiritista, sea voluntariamente o con recelo.

Tal necesidad deriva en gran parte su fuerza impulsora, de la disposición mental. Aparece en todas las creencias que tienen profundo tono de emoción, y en virtud de ello, índole personal. El hombre es un animal imperfectamente lógico. La satisfacción que busca y obtiene en sus creencias depende de su naturaleza toda, en la que las partes emocional y estética son comúnmente las más fuertes. El hombre anhela pensamientos placenteros y hermosos. La fun-

ción más directa de la creencia es regir la conducta; en asuntos ordinarios, los hombres deben creer lo que consideran la verdad o aceptar el sufrimiento. Pero aun entre esos asuntos hay gran diversidad, y la vida ordinaria ha sido regulada con aceptación y beneplácito por todo género de «sistemas» que resultaron luego ser vanos o absurdos para la generación siguiente: así lo atestiguan los numerosos sistemas de curación y medicina que, después de seguir su curso, fueron relegados entre los despojos del pensamiento. Con todo, hoy reaparecen en nuevo engaste y dan vida a cultos modernos, empleando como piedra angular del templo la piedra que rechazaron los arquitectos de la ciencia. La creencia en espíritus no se presenta aislada en sus resurrecciones o reencarnaciones sucesivas. Olas mentales, misticismo oriental, teosofía, curas de fe, «demostraciones» mediante una especie de *fiat* verbal de negación de las enfermedades, quirómancia, astrología y frenología: todas las creencias pueden florecer en el hospitalario suelo moderno; todas presentan fases susceptibles de impresionar a mentes crédulas, todas despliegan formidable aparato de prueba para ganar consideración lógica.

LAS MENTES CRÉDULAS

En muchas circunstancias de la vida, la relación entre la teoría y la práctica, entre lo que creemos y lo que hacemos, es tan remota y

leástica que admite vacíos y discrepancias sin estorbar al creyente ni revelarse con claridad a quienes tienen el privilegio de ver las dotes mentales. Las creencias directamente prácticas están exentas de costosa especulación. Si fueran groseramente falsas o raras, conducirían al desastre al pronunciarse con demasiada violencia contra la dura realidad. Aun quienes sostienen que pensar en la posesión de un crédito de salud o un crédito bancario equivale a poseerlos, saben que sus giros sobre este capital no serán honrados por un mundo insensible. Aparte de ello, hay campo infinito para inversiones especulativas que rinden dividendos en la satisfacción que producen. Las creencias se alimentan por discernimiento intelectual y por consuelo, y por motivos compuestos de ambos elementos.

En cuanto a la creencia en la comunicación con los muertos, habrá hoy como ayer, gracias a los servicios de algunos de los adeptos especialmente dotados, muchos creyentes de diversas clases que, impulsados en gran parte por su inclinación, no requieran pruebas numerosas para aceptar ideas que son las suyas. Tales mentes no demandan normas de lógica inflexible, ni acaso las comprenderían. Sólo cuando se encuentran muy por debajo del nivel aceptable, llámaselas groseramente crédulas o candorosas. Mayor interés despiertan las mentes que tienen norma liberal y aún más que liberal en sus creencias, pero que en casi todas

sus inversiones intelectuales despliegan juiciosa prudencia y aun habilidad proficiente en situaciones y argumentos que requieren altas facultades racionales.

Gracias a tales sostenedores, la creencia en el espiritismo asume el prestigio de la personalidad de quienes la aceptan. Es manifiestamente cierto que la creencia en «espíritus» goza del favor público debido a la aceptación que encuentra entre aquella clase de personas. Nos corresponde, pues, la desagradable tarea de analizar las aptitudes de los sostenedores más influyentes de estas ideas entre nuestras relaciones y demás individuos estimables y caracterizados.

Examinando las diversas clases de pruebas podemos hacer menos aborrecible y más provechosa la tarea. Conviene observar que en el moderno espiritismo, que data del renacimiento de 1848 en los Estados Unidos, o en cualquiera de las reapariciones más recientes de esa doctrina, los tipos de prueba ofrecen poco que no se encuentre en creencias análogas de tiempos anteriores. Los rasgos nuevos consisten en la tentativa de aplicar a la prueba normas científicas y severas de laboratorio, así como algunas innovaciones algo técnicas. Hay fenómenos físicos que aparentemente burlan las leyes reconocidas sobre composición de la materia; y hay fenómenos psicológicos (a menudo llamados psíquicos) cuyo rasgo característico es la posesión de un conocimiento o de facultades que no reconoce la psicología científica.

VÍCTIMAS DE EUSAPIA PALADINO

El ejemplo más reciente y más generalmente admitido de la prueba psíquica es el famoso «caso» de Eusapia Paladino. Esta analfabeta italiana convenció de sus poderes sobrenaturales al profesor Lombroso en 1892; y por este medio se convencieron el profesor Richet, de París, varios hombres de ciencia en Inglaterra, particularmente Sir Oliver Lodge y Mr. F. W. H. Myers, surgiendo luego sostenedores cada vez más numerosos en todas partes, inclusive nuestra nación. Mr. Carrington, norteamericano, ha dedicado un volumen al relato y reconocimiento de la carrera de Eusapia. Sin embargo, en sus veinte años de servicio como «médium», algunos críticos han atestiguado que nada hay de extraordinario y sí mucho de sospechoso en sus manifestaciones, y han descubierto con frecuencia sus groseras trampas. No obstante, se le hizo objeto de «investigaciones» a favor de pruebas esmeradas y científicas realizadas por hombres de competente criterio científico, quienes declararon el caso «verdadero». Mr. Carrington, que ha descubierto la superchería de muchos médiums, resume así el caso:

«Eusapia es real; pero, por cuanto sé, es casi *única*.... Puede decirse que en ella culmina y se enfoca ahora el aspecto testimonial del fenómeno psíquico del espiritismo». Si Eusapia es una impostura, la doctrina toda resulta «absoluta, irreparablemente echada abajo». En 1910 dos

observadores se situaron clandestinamente bajo la mesa que la Paladino levantaba o hacía oscilar sin contacto, movimiento que constituía la culminación de sus experimentos. Con los ojos a algunas pulgadas del amaestrado pie de Eusapia, vieron que ésta lo metió bajo la pata de la mesa, levantándola. Nada era más recóndito en el repertorio de Eusapia, nada había contribuído más a su maravillosa reputación. Para un observador exento de prejuicio y sabedor de las posibilidades de superchería, los experimentos de Eusapia eran, si no fáciles de comprenderse, al menos sospechosos e insípidos.

Mas se preguntará: ¿por qué tantos observadores competentes aceptaron esos experimentos triviales como prueba de la verdad del espiritismo? O los distinguidos observadores eran incapaces, por preparación y temperamento, de pronunciarse sobre experimentos de esa clase, o tenían prejuicios tales en favor de la hipótesis «espiritista» que resultaban completamente inhabilitados para el propósito. En algunos casos, puede aplicarse la primera aseveración; en otros, la segunda, y ambas con benévolas concesiones. No es posible dar por sentado que todos los hombres de ciencia, físicos, biólogos o psicólogos sean capaces de descubrir el fraude en virtud de su preparación científica; puesto que, entre tal incompetencia y la suposición de comunicaciones espiritistas, hay una discrepan-

cia de proporciones colosales. Ello nos recuerda el caso de aquel testigo que halló al caballerizo y el atelaje en el establo, sin encontrar al caballo, y concluyó que el caballerizo se había comido al caballo. Ambas suposiciones explican los «hechos», pero ¡a qué precio para la compatibilidad lógica y los demás fenómenos e hipótesis que demanda la tarea diaria y razonable del pensamiento y de la acción!

El tipo central del fenómeno «psíquico» o espiritista es la revelación que la médium hace de informaciones sobre asuntos personales del suieto, inclusive detalles aparentemente tan fuera del alcance mental de la médium (la hembra es más terrible en las especies) como la mesa y la pandereta están fuera del alcance de los pies o manos que las hacen mover. Ambos casos suscitan controversia por la negativa, proceso de argumentación siempre difícil y a veces lleno de sinrazón. Asegúrase solemne y reiteradamente al crítico escéptico que la médium *no podía de modo alguno* hacer esto o conocer aquello; que no había posibilidad de embuste; que se realizaron severas pruebas; que los testigos eran honrados; y que, por consiguiente, el fenómeno se debió a espíritus, a la telepatía o a algo oculto y misterioso, en suma; a un poder «psíquico» de especie rara, no ejercido por los ordinarios mortales y dogmáticamente negado por hombres de ciencia, víc-

timas del prejuicio, quienes jamás lo han conocido por «experiencia» propia.

LA FAMOSA MÉDIUM, MRS. PIPER

El más famoso de los casos «psíquicos» es Mrs. Piper, a quien puede calificarse como el médium autorizado de los «investigadores psíquicos» que han abandonado esta vida. Mrs. Piper es evidentemente una mujer seductora y hábil que ha hecho un poco por aliviar el tedio de las aparatosas sesiones espiritistas. El deporte psíquico ordinario de visitar médiums se asemeja al de visitar barrios pobres; Mrs. Piper eleva la profesión al agradable nivel de obra intelectual, placentera y digna de respeto.

En una sesión con Mrs. Piper, el doctor Hall inventó una sobrina ficticia, cuyo espíritu acudió, sin embargo, a revelar detalles íntimos, tan «testimoniales» como casi todas las revelaciones de Mrs. Piper. En la carrera de Mrs. Piper, hay un extraño incidente: cierta vez confesó los medios naturales de que se valía para servir de médium, aunque pronto se retrajo de su confesión. Es evidente que los médiums de «clase superior» no están exentos de las dudosas maniobras de los de la clase común. Los motivos mercenarios no son tampoco los únicos que deben considerarse. Debe tenerse en cuenta igualmente la tendencia a mistificar, la satisfacción de la notorie-

ad, las condiciones de una constitución neurótica, así como lo que Huxley llamaba el franco mentir de personas de cuya palabra no puede dudarse.

Bernard Shaw, más directamente, dice:

Es inútil emplear paliativos respecto de cuentos de fantasmas: la existencia de un mentiroso es más probable que la existencia de un fantasma.

En las sesiones espiritistas (excepto en la clase más simple de espiritismo, en que la revelación requiere sólo destreza), el médium no está sujeto a investigaciones, al menos concluyentes, sin la cooperación del médium mismo. Del mismo modo que un paciente, el médium debe contribuir a la diagnosis, si no formularla. El psicólogo no es un adivinador del pensamiento, como no lo es el médium; de lo contrario aquél no ocuparía una cátedra tan mal pagada. El doctor Stanley Hall escribió oportunamente sobre Mrs. Piper:

¡Ojalá publicara una *biografía íntima* absolutamente franca o una honrada confesión de sus impresiones femeninas en el asunto! Creo que si ella quisiera, podría hacer más luz sobre su caso que la que han hecho quienes la estudiaron hasta ahora.

Las hermanas Fox, al llegar a la madurez, confesaron cómo se habían iniciado en el movimiento espiritista (1848), figurando como niñas traviesas o histéricas que se dislocaban las coyunturas y «arrancaban» así mensajes al más allá. El doctor Hall propone a Mrs. Piper concluir su carrera de igual modo. Así, pues,

en lo concerniente a los testimonios del espiritismo, es improbable que los médiums, en su propia personalidad, puedan tener acceso a los detalles íntimos y personales que dicen transmitir de los muertos a los vivos.

UN ASOMBROSO CASO AMERICANO

Aquí surge una complicación sutil. Los psicólogos reconocen el fenómeno de las expresiones disociadas, y, cuando el fenómeno se desarrolla, de las personalidades disociadas, más o menos permanente o periódico en ciertos casos, voluntariamente fingido o aceptado en éxtasis en otros casos. Casi todos los que han estudiado a Mrs. Piper sostienen que responde en estado de éxtasis, esto es, disociado de su personalidad consciente. Pero ignórase hasta qué grado la personalidad disociada sabe lo que la personalidad normal dice. El límite es tan difícil de trazarse como entre la fe y la ficción en los niños, y aun más difícil. Automatismos semejantes pueden desarrollarse hasta un grado notable. En los Estados Unidos existe un caso asombroso, una personalidad atrayente y hábil, Patience Worth, mujer que comienza una revelación defectuosa, deletreando trabajosamente las palabras del tablero de una *ouija*, (1) y concluye escribiendo automáticamente y

1. Tablero con las letras del alfabeto y algunos signos, sobre el que corre una pequeña pieza de madera bajo la presión de los dedos, contestando preguntas sobre el futuro: actualmente muy en boga en los Estados Unidos.—*Inter-América*.

con fluidez una novela interesante y magistral: *Hope Trueblood*. Los editores de las obras de Mrs. Curran (nombre de la personalidad normal de la cual Patience Worth es el *alter ego* coterario disociado) aseguran que el conocimiento histórico, las escenas, el lenguaje, los incidentes, los sentimientos de esos escritos están fuera del alcance de la experiencia terrenal y la memoria consciente de Mrs. Curran. Mrs. Curran y sus editores son indudablemente sinceros, y este hecho extraordinario se encuentra libre de la sospecha que con frecuencia rodea las comunicaciones del espiritismo cuyos mensajes presentan igual nivel literario que el médium. Con todo, Mrs. Curran debe procurar la solución del misterio. La hipótesis espiritista no se cita para explicar sus dotes automáticas o inconscientes de escritora. La lógica de suponer que la llamada psicología científica no pueda explicar tales obras, establece interesante punto de semejanza con la hipótesis «espiritista.»

Y ahora debemos ocuparnos de otra fase de investigación que presenta un aspecto experimental del problema. La hipótesis de la «telepatía» supone la comunicación de la mente con la mente fuera de los reconocidos conductos de los sentidos. Los «investigadores psíquicos» han dedicado la mayor suma de sus energías y paciencia a demostrar que la telepatía es poder ejercido por individuos excepcionales, pues si se llegara a demostrar que este supuesto

poder existe, se usaría como medio para explicar muchos otros fenómenos en que abundan los anales del espiritismo. Laboriosa tarea técnica es la de sentar aun la presunción más ligera en favor de la telepatía. Debemos estar seguros de que los conductos ordinarios de comunicación, inclusive los medios sutiles de la sugestión, el sonsacamiento, la adivinación, la astuta indiferencia y el indicio involuntario han sido completamente considerados. Luégo puede presentarse la coincidencia; y a condiciones complejas no se aplica fácilmente la doctrina de las probabilidades. Pero la investigación de esta clase es científica, porque el *experimentador domina las condiciones* y organiza las pruebas, lo cual no sucede en la llamada sesión experimental espiritista. El descuido o la falta de penetración de parte del experimentador puede conducir a resultados aparentemente favorables. Basándose en el gran aparato de ciertos experimentos, algunos observadores ingleses sostienen que la telepatía está confirmada desde hace mucho tiempo, sin embargo de que algunas de las pruebas que aceptan (análogas a las del caso de Eusapia) han demostrado ser supercherías y ardidés igualmente evidentes, imaginados para ocultar los indicios y las insinuaciones y burlar al investigador. Una vez más debemos manifestar que el investigador crítico debe destruir la presunción negativa de que la comunicación mental *no* se realiza por métodos reconocidos, revelando lo que son y

cómo se efectúan aquellas maniobras sutiles. Esto no es lógicamente razonable, porque al sujeto telepático corresponde demostrar la realidad del fenómeno; no obstante, como ese sujeto considera satisfactorio un testimonio del todo insuficiente para el crítico, la única manera de proseguir la investigación es señalar la insuficiencia.

LA HIPÓTESIS TELEPÁTICA

Un investigador norteamericano, el profesor J. E. Coover, trabajando bajo los auspicios de la Stanford Endowment for Psychical Research, expone con prolijidad convincente los requisitos para realizar un estudio completo de la hipótesis telepática. Ha llegado a una conclusión enteramente negativa: como en el caso de las serpientes de Irlanda, declara que *no hay telepatía*. Pero las razones por las cuales hay quienes creen en la existencia de las «serpientes» del espiritismo o están convencidos de haberlas visto, son numerosas e intrincadas, constituyendo un verdadero problema. Entre los descubrimientos, sobresale la prueba de los *indicios subliminales* (a menudo llamados subconscientes) de pensamiento o tendencia o actitud, los cuales revelan la importancia de la vida mental inconsciente, exteriorizando de vez en cuando motivos y datos por lo común inadvertidos. El factor de la *analogía de los hábitos mentales* explica igualmente muchas coinciden-

cias, que resultan así no ser simple casualidad, ni siquiera telepatía. Empleando, además, el mismo método prolijo de verificación, el profesor Coover estudió los supuestos poderes de los médiums o agentes «psíquicos»—quienes prosperan en abundancia en la costa del Pacífico—y descubrió que, sometidos a debida prueba, tales poderes son tan nulos como los del hombre ordinario. Aceptar la telepatía, ya en reemplazo de la hipótesis «espiritista» o en apoyo de ésta, es edificar sobre arena.

Sólo cuando examinamos las pruebas que se ofrecen en favor del espiritismo, analizando de cerca los múltiples problemas que presenta, estamos en las condiciones debidas para estimar el valor de los testimonios de sus sostenedores y el valor del fenómeno que señalan como comprobación. Si agregamos otra clase de prueba a este sumario—que se reduce a un simple esbozo—habremos examinado una de las pruebas más notables y significativas con que el espiritismo ha conquistado adeptos recientemente entre personas de inteligencia ilustrada y crítica. Nos referimos a la espontánea aparición de muertos queridos, a las predicciones de muerte y a serios trances, que representan una profunda impresión personal. Esos fenómenos están exentos de la sospecha que inspiran las maniobras del médium; pero, por otra parte, adolecen de vaguedad e incertidumbre al ser relatados. No es posible descartarlos sin discernimiento, ni puede esperarse, en mucho

casos, que ofrezcan otra cosa que una indicación aparente de su origen. La explicación más probable es alguna falsificación de la memoria o de la percepción—lo que no equivale a una alucinación completa, aunque presenta analogía funcional,—o tal vez una disociación mental por medio de la cual el creador de la impresión oculta el hecho de que autor y lector—revelador e intérprete—son uno, aun cuando la relación se encuentra tan sutilmente disfrazada que la revelación aparece como sorpresa. Este fenómeno es conocido en los sueños, y los sueños representan una forma de disociación. Mr. Greenwood lo describe con exactitud al compararlo con lo que habría ocurrido en una creación literaria consciente,

si Sheridan, al escribir su *School for Scandal*, se hubiera preguntado por qué debía colocarse un biombo en la escena en el acto tercero, encontrando con sorpresa la respuesta al derribar el biombo.

Al revelarse la aparición o el presagio, al resolverse una investigación, las corrientes inconscientes de la imaginación pasan a un estado consciente, a veces con intensidad dramática. En la persistencia de tales tendencias reside la concepción central de la escuela de Freud sobre diagnosis y tratamiento mentales.

Esto puede parecer un camino indirecto al renacimiento de la creencia en espíritus; pero, como en otros casos, el camino más largo es el camino más seguro hacia un resultado. Si hubiéramos dicho al lector que el renacimiento

de esa creencia no es sino un nuevo caso de credulidad bajo tensión mental, no se habría convencido, y replicaría que la ciencia psicológica debe descartar la hipótesis espiritista de manera más tangible y afirmativa, si desea merecer crédito. Requiere explicar un sistema entero de fenómenos; si la teoría de los espíritus es falsa, ¿cómo explicar esos fenómenos? Por consiguiente, los abogados del demandado tienen un doble deber: probar que los testigos del demandante no merecen fe e indicar una solución del todo diferente y mucho más compatible del problema. Como esta última es la tarea más importante, merece consideración más detenida. Volvamos a la otra fase del problema.

DISTINGUIDOS HOMBRES DE CIENCIA CREEN EN ESPÍRITUS

Entre los defensores de la creencia en espíritus que ejercen gran influencia en el público de habla inglesa, sobresalen Sir W. Crookes y Sir Oliver Lodge, ambos físicos distinguidos a quienes la ciencia debe importantes trabajos. Pero la suposición de que han realizado sus investigaciones en espiritismo con carácter científico es no sólo gratuita, sino demostrablemente falsa. Sir W. Crookes relata:

Anoche asistí a una sesión en Hackney. Nunca apareció Katie con mayor perfección, y durante casi dos horas caminó en el recinto conversando fami-

armenlo con los presentes. En ciertas ocasiones se tomó del brazo al pasar, y mi mente recibió una impresión tan honda de tener a mi lado una mujer viviente en lugar de un mensajero del otro mundo que pedí permiso para abrazarla, y al concedérselo me bondadosamente el permiso.... hice.... lo que cualquier caballero hubiera hecho en iguales circunstancias.

Mr. Tuckett pregunta:

¿Puede pedirse ejemplo mejor de una actitud no científica en un investigador científico?

Sir William Barrett, otro físico eminente que también cree, aunque con reservas, en semejante fenómeno misterioso, ha expuesto sucintamente las opiniones de Sir William Crookes después de un cuarto de siglo de creencia en la realidad de los fenómenos del espiritismo, que repetidas veces han demostrado obedecer a vulgar superstición.

Cree que una inteligencia invisible puede dar golpecitos; que cuerpos livianos y pesados son susceptibles de cambiar de peso; que un médium puede desprenderse del suelo por aligeramiento espiritual; que es posible tocar instrumentos musicales sin manos humanas y en forma impracticable por medios normales; que es posible tocar brasas sin quemarse; y cita el caso más asombroso de todos, bajo prolijas condiciones experimentales: la repetida aparición de una figura femenina, materializada y hermosa, vestida con una blanca túnica, tan real que no sólo se le tomó el pulso, sino que fué fotografiada varias veces, algunas por medio de la

lámpara de arco, y otra simultáneamente con el extático médium y al lado de éste.

El hecho de que médiums responsables por casi todas las opiniones de este credo fueran sorprendidos en los más groseros embustes no alteró la fe sublime de Sir William.

El lector puede juzgar si los principios físicos, objeto de los estudios de Sir William durante su vida, concuerdan con la confesión de su fe en espíritus; o si revelan el funcionamiento de la clase de mente que podemos considerar científica al examinar estos testimonios. Algunos de sus amigos explican que Sir William era muy miope, lo cual le impedía llevar a cabo una observación exacta. Pero el defecto verdadero es mental; el prejuicio de la fe ciega, a los hombres ante la lógica de interpretación aun más que ante los hechos. Y, como tal estado mental puede presentarse en personas de preparación científica, nos inclinamos a aceptar la hipótesis de la existencia de limitadas esferas de convicción, en las que no penetra la lógica y que están reservadas para el libre juego de las emociones. En la visión mental, aparecen lunares limitados de òguera, parecidos a las *ideas fijas* (ilusiones) de mentes anormales, cuerdas mientras no se mencionan sus extravagancias. Un grupo de creencias que la emoción estimula o que constituyen un alivio entre las embarazosas restricciones de la lógica, se aísla en el sistema mental y se mantiene tenazmente contra toda razón. Parece haber cierto anhelo

por encontrar una salida y profesar libremente y con entusiasmo una creencia sin la compulsión de la lógica o de la conciencia. El hombre de ciencia puede ser profesionalmente crítico, y crédulo por temperamento, o puede ejercer sus aptitudes científicas en determinado campo, y abandonarlas totalmente en otro donde afecten su tendencia emocional.

TESTIMONIO DEL PROFESOR LOMBROSO

Expresada en forma simple, la fórmula es aplicable sólo en casos extremos como el citado. Matizada y atemperada a diversas circunstancias, se aplica a muchos casos, sin que destruya la admiración sincera de las magníficas dotes mentales asociadas a tales restricciones. Otro ejemplo encontramos en el profesor Lombroso, quien, después de «hacer infatigable ocupación de su vida la detensa de una tesis según la cual la fuerza es propiedad de la materia, y el alma, emanación del cerebro», pasó a la creencia en la verdad de las manifestaciones del espiritismo físico y psíquico.

Se engulló de un golpe el bocado, creyéndolo todo, desde los golpecitos de la mesa hasta la materialización de los muertos y las fotografías y voces de los espíritus; todo cuanto, antiguo o nuevo, procedente de pueblos salvajes o civilizados, robustecía su deseo de creer. Aceptó, aunque de segunda mano, la historia de que un niño llamado Yenker, de dos meses de edad, respondía a los golpecitos, y así por el estilo. Fué la famosa Eusapia

Paladino quien permitió al profesor Lombroso ver a su finada madre. Dice:

Bien se conocen los errores de expresión cometidos por las apariciones de los muertos, y se sabe que emplean el lenguaje del médium y de los experimentadores. Quitándose el velo ella me besó.

Ciertamente, aun el juicio más benévolo puede descubrir en este episodio patético la fragilidad del temperamento de Lombroso sobreponiéndose al espíritu crítico del sabio.

Puede mencionarse también a un hombre superior, Alfred Russell Wallace, en favor de la hipótesis sobre la existencia de limitadas áreas mentales de fe o credulidad en los hombres de ciencia. En este caso, las restricciones se extendían a más de un campo, pues Wallace sostenía que el desconocimiento de la frenología era uno de los errores más graves del siglo décimonono. Sir Edwar Clodd habla de él como de «esa ardorosa y credu-lísima víctima de los médiums cuyo esófago voraz se traga todas las historias de santos y dispenseros arrebatados por los aires hacia el *azul central*.» El convencido Dr. Wallace dice:

¿Qué milagro más admirable que el aligeramiento o elevación del cuerpo humano en los aires, sin causa visible? Sin embargo, el hecho ha sido atestigüado a través de muchos siglos.

Prestando declaraciones como testigo en un proceso legal en que se acusaba de superchería a un médium, el doctor Wallace expuso

que encontrándose el médium en estado de éxtasis,

apareció una indistinta mancha blanca en el lado izquierdo de su saco, mancha que aumentó en densidad y se extendió hasta alcanzar el hombro; luego ensanchóse gradualmente hasta seis pies del cuerpo del médium, y apareció muy clara, con los contornos de una mujer en ondeantes tules blancos.... Estoy absolutamente cierto de que ello no se debió a supercheria de ningún género.

Preguntamos una vez más: ¿Es éste el testimonio de un hombre de ciencia que hubiera podido comprobar fácilmente que los artificios de médiums embusteros han obtenido a menudo los mismos efectos? Naturalmente, en hombres así afectados influye la opinión de otros igualmente convencidos. Sir William Barrett no puede rechazar el caso de la famosa Paladino, porque «un investigador tan competente» como el finado y «eminente criminalista» profesor Lombroso, y el neurólogo profesor Morelli, estaban convencidos de la verdad del extraordinario fenómeno que presenciaron». Y así aumentan las adhesiones y se eleva el prestigio de la creencia en espíritus. La suposición de que se convencieron contra su voluntad o claudicaron en virtud de acontecimientos personales extraordinarios carece de fundamento. Dentro de aquellas áreas limitadas, piensan como el común de los mortales, aun con la candorosa credulidad de los ignorantes, guiados por sus preocupaciones emocionales.

LA EXPLICACIÓN DE SIR OLIVER LODGE

Sir Oliver Lodge pertenece al mismo grupo. También él acepta como genuinamente «espirituales» fenómenos físicos que destruirían los principios de física que él mismo expone. Es el sentido superviviente de esta contradicción lógica lo que le impulsa a dar explicaciones (?) como la siguiente:

Un poder de materialización, análogo al que poseemos en este planeta, puede continuar asimilando toda clase de material, dirigiéndolo y adaptándolo al organismo que nos sirvió de cuerpo. Es extraordinariamente difícil concebir tal poder, e imposible suponer que pueda ser el poder directo de un agente físico careciendo de la ayuda de la actividad reproductiva de otra unidad encarnada.

Y en otra parte dice:

Consideramos importante el hecho de que una fotografía pueda ser reproducida cuando el médium ha visto a la persona sólo en estado extático, a través del velo, porque parece comprobar que la apariencia general se conserva o, en otros términos, que cada cuerpo humano es verdadera representación de la persona.

Si la creencia en el espiritismo induce a permitir semejantes obscuras especulaciones a un intelecto que resuelve difíciles problemas en el laboratorio físico y los emplea en el adelanto de la ciencia, ¿es justo usar del prestigio del sabio para encubrir la tenebrosa confusión de aquella doctrina?

Con candorosa credulidad, Sir Oliver acepta

la verdad de las supercherías profesionales ordinarias del médium; examina con el grave interés de lo que tiene preciosa importancia las inecias respuestas de médiums que lucran con la ignorancia y la miseria de almas dolientes. Admitiendo los hechos, su inclinación científica demanda una teoría; y se entrega a escribir páginas de explicaciones confusas y extravagantes, abandonando toda cordura científica. Abusando de su prestigio como hombre de ciencia, confunde sus interpretaciones y los hechos mismos, demasiado crudos y a la vez vulgares para resistir la luz de un serio análisis. Naturalmente, esta actitud despierta la indignación de sus colegas científicos. El doctor Charles Mercier expone claramente el caso:

Ni el mundo científico ni nadie está en el caso de impugnar las aseveraciones, las doctrinas, las interpretaciones o los hechos que presenta Sir Oliver Lodge. *Es él quien está en la obligación de comprobarlos....* Mientras ofrezca interpretaciones de hechos, en lugar de hechos, no merece ni siquiera ser oído.

Cuando los supuestos hechos son precisamente de la índole de los que abundan en las más vulgares sesiones espiritistas, que explotan la credulidad de los bobos, la responsabilidad moral viene a añadirse al agravio de la apostasía científica,

SIR OLIVER LODGE, «ANIMISTA DESEN-
FRENADO»

El brillante estudio de Sir Edward Clodd sobre el espiritismo le autoriza para dirigirse al autor de *Raymond* en los siguientes términos:

Usted, Sir Oliver, conociendo, como debe conocer, la corrupción que presenta la historia originaria del espiritismo, su iniciación en el fraude y el descubrimiento de una serie de embaucadores, desde las niñas Fox hasta los actuales; y pudiendo haber sido advertido por esos casos, se siente incapaz, por confesión propia, de descubrir las supercherías de Eusapia Paladino. Usted y Sir William Barrett, quien dice poseer pruebas de su conocimiento extraordinario, aceptan y citan, como parte de la nueva revelación, los escritos inconscientes del Reverendo Stainton Moses. La fe que usted tiene en la integridad de Mrs. Piper no se ha alterado, a pesar de que ella fracasó, concluyendo por hacer su confesión, la cual es un hecho aun cuando haya sido retirada. Usted pierde un hijo querido en la más santa de las causas porque un hombre pueda dar su vida, e inmediatamente ocurre a una moderna hechicera de Endor para buscar consuelo de segunda mano, en lugar del que directamente le prestaría la memoria del llorado. Usted, uno de los hombres más prominentes y mejor conocidos, fué bastante candoroso para creer que su incógnito, el de su esposa y el de su familia no serían descubiertos en las primeras sesiones espiritistas de Mrs. Leonard y Mr. Vout Peters. Y ¡cuán desastroso el resultado: la publicación de una serie de comunicaciones espurias, gran parte de las cuales se compone de dañinas sandeces, que arrastran por el lodo las elevadas concepciones que los mortales se formaran sobre el mundo espiritual!

Más serio aún: su influencia maléfica da ímpetu a

la recrudescencia de la superstición, rasgo tan deplorable en la época actual. Sólo hay diferencia de grado, no de índole, entre los médiums que usted consulta y los nigromantes a quienes se detiene y se multa o se aprisiona como bribones y vagabundos. Los vendedores de mascotas de mil clases, que sinceramente se cree protegen la vida y traen buena suerte, los quirománticos y todos los sacerdotes del ocultismo tienen en usted un ignorado defensor.

Así, después de ganar un alto puesto como físico, descende usted al nivel de animista desenfrenado, abandonando la substancia por la sombra. Los misterios que en sus investigaciones físicas encuentra usted seguramente a cada paso, burlando su diestra penetración, debieran hacerle detenerse antes de aceptar la especiosa solución de los magnos problemas que aparecen en el umbral de lo desconocido.

Ni usted ni aquellos que creen que usted y otros notables hombres de ciencia hablan con autoridad alterarán sus convicciones; pero puede haber algunos que, al leer estas páginas, convengan en que cuando quede sepultado el fantasma del espiritismo—lo cual temo no ocurra en cercano porvenir—el epitafio debiera decir:

«Hé aquí, en iniquidad nací yo,
y en pecado me concibió mi madre!»

La inclinación a creer en lo misterioso tiene más influencia como manifestación del deseo de creer que como testimonio de prueba en los «hechos» considerados. Vano resulta examinar una fase del problema, descuidando la otra, porque es el deseo de creer en lo sobrenatural el que ha proporcionado gran parte de las pruebas y desfigurado la significación de las demás. La doctrina entera constituye un instructivo capítulo en la psicología de la convicción. Sus

manifestaciones más recientes provienen de las grandes aflicciones experimentadas por el mundo y el ansia natural de buscar consuelo ante la cruel inevitabilidad de un dolor profundo. El santo honor de la memoria de aquellos que murieron por la gran causa, no menos que las sagradas tradiciones en que se basa la fe en la inmortalidad, en los corazones de los creyentes religiosos, debieran prevenir que el médium profesional profanara de palabra u obra esos sentimientos.

Las conclusiones de Mr. Stuart Cumberland son correctas. En el futuro, se le recordará como el hábil «lector de músculos» cuyos métodos asombrosos para leer la mente, interpretando los delicados indicios de los músculos, hicieron posible comprender las engañosas pruebas de que se vale el espiritismo para ganar adeptos. En todos sus experimentos con muchas clases del llamado “fenómeno oculto”, nunca encontró un caso que no pudiera explicarse mejor por medio de factores naturales. Advierte (1917) que la «intensa mortandad y funesta incertidumbre que afectan todos los órdenes de la sociedad» tentarán a «los profesionales de las sombrías prácticas del espiritismo». «Si los mentecatos no pueden o no quieren protegerse a sí mismos, debe protegérseles contra su propia mentecatez.» La única protección eficaz consiste en comprender el carácter espurio de muchas de las pruebas del espiritismo y la sutil tentación que el deseo de creer ofrece a

mentes inexpertas; así como también la injustificada importancia que se da a la adhesión de aquellos cuyos elevados méritos en una rama del saber no les hacen inmunes contra las debilidades comunes de la preocupación.

JOSEPH JASTROW nació en Varsovia, Polonia, 30 de enero de 1863; ha pasado la mayor parte de su vida en los Estados Unidos; educóse en la University of Pennsylvania y en la Johns Hopkins University; es psicólogo y ha sido profesor de psicología en la University of Wisconsin desde 1888; es autor de: *Time-Relation of Mental Phenomena; Epitomes of Three Sciences; Fact and Fable in Psychology; The Subconscious; The Qualities of Men; Character and Temperament; The Psychology of Conviction*; y de numerosos artículos para revistas científicas.

(De *Inter-América*).

